cientemente el suelo, sin descomponerse en lluvias, y acaso no había aparecido nunca el arco-iris.

Cualquiera que sea el valor de esta interpretación, la doctrina de la Iglesia no se halla interesada ni en mantenerla ni en desecharla. Los antiguos expositores, á excepción de Alcuin y de la Glosa, creyeron todos que el arco-iris se formaba antes de Noé, lo mismo que después, por la refracción de los rayos solares, no precisamente en la lluvia, sino en la llovizna, siendo por ese motivo señal naturalísima de que aquélla no inundará la tierra, como en la época del diluvio. Tal es el parecer de Santo Tomás [1], del Tostado [2] y de otros muchísimos, de quienes se aparta San Ambrosio, muy dado al sentido tropológico [3]. El texto hebreo dice *puse mi arco,* y no *pondré mi arco,* como tradujo la Vulgata, circunstancia que parece inclinar el ánimo á la creencia de la aparición anterior de ese meteoro luminoso, muy apto, por otra parte, para la significación que el Señor le confiere, ya que, como observa Santo Tomás en el *quodlibeto* más arriba citado, el arco-iris no se presenta en completa cerrazón de lluvias, cual se necesita para una inundación, antes requiere que la lluvia sea escasa y la atmósfera poco cubierta, á fin de que los rayos solares la penetren y hieran la llovizna que los refrange y refleja. Y esto baste para la eliminación de un problema ajeno por completo á los intereses religiosos.

1 *Quodlib.* libr. III, art. 30.
2 Abulensis *In Genesim,* quæst. VII.
3 *De Arca et Noe,* cap. XXVIII.

§ II

Tradiciones de Palestina y Egipto.

1. Idea general de las tradiciones sobre el diluvio. — 2. Las tradiciones en el Antiguo Testamento. — 3. En el Nuevo Testamento. — 4. Escritores profanos de Palestina. — 5. Los egipcios: observación de Cuvier sobre la cronología del diluvio. — 6. Noticias accidentalmente consignadas en algunos autores. — 7. La inscripción del Sepulcro de Seti I, en Tebas. — 8. Crítica de esta inscripción.

1. Acontecimiento tan importante como el diluvio universal, que limitó la futura propagación del género humano á la fecundidad de la sola familia de Noé, compuesta del tronco y de sus tres hijos, salvados en el arca con sus respectivas mujeres, debía necesariamente dejar impresa en las tradiciones é historia del género humano profundas é indelebles huellas. Y así ha sucedido en efecto. No solamente el pueblo escogido alimentaba su fe y su esperanza con el recuerdo de la memorable catástrofe, sino otros muchos pueblos, pertenecientes á su misma raza y á razas distintas de la semítica, los kushitas del Egipto, los arianos del Indostán y de Persia, los griegos y los celtas, y hasta los americanos, indígenas del por tantos siglos ignoto continente, nos han legado monumentos irrefragables de la persistencia de ese recuerdo al través del tiempo y del espacio.

2. Frecuentes son las referencias que en el Antiguo Testamento se hacen á la ingenua, sencilla y metódica narración de Moisés, ora aludiendo á las causas que provocaron el diluvio, es decir, á la corrupción del género humano, ora á la justicia de Noé, y ya también á la alianza que Dios pactó con su siervo. "El Señor — dice David — extendió un diluvio sobre la tierra. Mas las grandes aguas del diluvio no se acercarán á él *(al justo)* [1]". Otros autores sagrados

1 *Salmos* 28, v. 10, y 31, v. 6.

añaden: "Noé fué justo y perfecto, y en el momento de la cólera sirvió de reconciliación; por él quedaron reliquias en la tierra cuando sucedió el diluvio. Fué el depositario de la alianza hecha con el mundo para que no pereciese toda carne con el diluvio [1]„. "Como en los días de Noé, á quien juré que no enviaría otro diluvio sobre la tierra [2]„. "Con un diluvio pasajero, cambió la faz de este lugar [3]„. "Si estos tres hombres justos, Noé, Daniel y Job están en medio de ella, por su justicia salvarán sus almas [4].„

3. En el propio sentido se explican los autores del Nuevo Testamento, aunque insistiendo en la significación moral del cataclismo y en las lecciones que debe legar á la posteridad. "Sucederá en la venida del Hijo del Hombre lo que aconteció en los días de Noé. Lo mismo que entonces muchos, antes del diluvio, comían, bebían y se casaban, hasta que Noé entró en el arca, sin querer dar crédito al diluvio que los había de exterminar, así será en la venida del Hijo del Hombre [5]„. Las mismas palabras nos transmite San Lucas, añadiendo: "Vino el diluvio y los perdió á todos [6]„. San Pablo encomia la fe de Noé con esta hermosa frase: "Por la fe Noé, seguro de lo que aún no se veía, construyó el arca para salvamento de su familia, condenando al mundo y constituyéndose heredero de la justicia, que nace de la fe [7]„. Al mismo hecho alude San Pedro en tres lugares: "Los incrédulos de otro tiempo desafiaban la paciencia de Dios, en los días de Noé, mientras que fabricaba el arca, en la cual un pequeño número, ocho almas, se salvaron de las aguas [8]. No perdonó Dios al mundo primitivo;

1 *Eccli.*, XLIV, 17.
2 *Issaiæ*, LIV, 9.
3 *Nahum*, I, 8.
4 *Ezech.*, XIV, 14.
5 *Matth.*, XXIV, 37.
6 *Luc.*, XVII, 27.
7 *Hebr.*, XI, 7.
8 *Petri*, III, 20.

pero guardó á Noé, octavo heraldo de la justicia, mientras que el diluvio perdía al mundo de los impíos [1]. Ocho almas se salvaron del agua; de igual manera os salvará á vosotros el bautismo [2]„. Es indudable que tan repetidas alusiones al diluvio de Noé constituyen una prueba solemne de lo arraigada que estaba en el pueblo judío la creencia en la autenticidad del relato de Moisés.

4. Resta escuchar á los escritores profanos de esa misma nación, la primera del mundo, aun humanamente considerada, por la tenacidad en conservar su propia historia. Josefo, el historiador, se hace el eco de la enseñanza mosaica, con la seguridad de quien pisa terreno firme y cree contar con el asentimiento de sus lectores. Dice textualmente: "Habiendo Dios dado la señal y soltado la brida á las aguas para inundar la tierra, se levantaron esas aguas, mediante una lluvia continua de cuarenta días, hasta cubrir con quince codos las más altas montañas, sin dejar ningún lugar donde refugiarse y salvarse. Aun después que cesó la lluvia pasaron ciento cincuenta días antes que las aguas se retirasen; y solamente en el día 27 del séptimo mes se detuvo el arca sobre la cima de una montaña de Armenia..... Llaman los armenios á este lugar *bajada* ó *salida*, y señalan aún hoy los restos del arca„ [3].

Filón, igualmente judío, no es menos explícito en favor de los libros santos: "Después que Noé preparó el alimento — escribe — introdujo en ese recinto animales, machos y hembras de todas las especies, terrestres y volátiles, para perpetuarlas. Conocía la divina clemencia, la cual desea que por lo menos se conserven los géneros, ya que algunas especies desaparezcan, á fin de que las obras divinas no queden mancas. Y sucedió que ningún animal hizo resistencia;

1 II. *Petri*, II, 5.
2 *Idem*, III, 20.
3 *Antigüedades*, VI.

las fieras se dulcificaban y seguían á su salvador, como al pastor sigue el rebaño. Reunidos todos esos seres en un solo lugar de refugio, bien podía decirse que ese lugar era el universo, pues encerraba tantas especies de animales cuantas contiene el globo, circunstancia que no se ha verificado en ninguna otra ocasión y que ningún raciocinio puede hacer comprensible..... No se engañó la esperanza humana, pues el prodigio desapareció con la retirada gradual de las aguas. Cesaron las lluvias y corrieron las aguas á refugiarse en las cavernas y en los abismos de la tierra ó en otra parte de los aires, elevadas por los rayos del sol.... La tierra emergió de nuevo como en los hermosos días de la creación.„

5 Los egipcios son quizás el pueblo que conserva monumentos menos precisos sobre el diluvio, aunque no falten entre ellos recuerdos vagos de la destrucción de los hombres por los dioses. Es verdad que, al decir de Champollión-Figeac, "ningún monumento egipcio es realmente anterior á nuestra era en dos mil doscientos años. Es mucha antigüedad, pero que, lejos de contrariar las tradiciones sagradas, las confirma„ [1]. La escasez de noticias en el pueblo de los Faraones sobre la gran catástrofe, de la cual parte la historia de los hombres tal como ha podido transmitírsenos por tradición, confirma el juicio de Cuvier de que los pueblos menos relacionados entre sí son los que mejor concuerdan, no solamente en señalar las circunstancias del diluvio, sino en precisar la fecha de ese cataclismo memorable [2]. El diluvio, según el texto de los Setenta, ocurrió hace ahora (1892) unos 5.410 años; según el texto hebreo, hace 4.238 siguiendo el cálculo de Usserius, ó hace 4.463 si seguimos el cálculo de Freret. Precisamente en esa fecha de cuatro á cinco mil años convienen los datos referentes á esa catástrofe, suministrados por los monumentos caldeos, chinos, indos y griegos; siendo de extrañar, repetimos, la pobreza relativa de los egipcios, en más íntima, más frecuente y más larga comunicación con el pueblo de Dios„ [1].

1 Campollión-Figeac, *Carta de 23 de Mayo,* citada por Penet.
2 Cuvier, *Discours sur la Revolution du Globe.*

6. El abate Moigno aduce, sin embargo, el testimonio de Jerónimo el Egipciaco, de Mnaseas y de algunos otros, en confirmación del aserto del caldeo Beroso, de que en una montaña de Armenia que llama Gordiana se encontraban restos del arca de Noé, y de que algunos viajeros traían de allí pedazos del betún con que había sido calafateada, y se servían de ellos como de amuletos; y cita, además, las siguientes palabras de Nicolás de Damasco: "Hay en Armenia, en la provincia de Miniade, una alta montaña llamada Baris, donde se dice que se salvaron algunos durante el diluvio, y que una arca, cuyos restos se conservaron muchos años, en la cual estaba encerrado un hombre, se detuvo sobre la cima de esta montaña. Y parece que ese hombre fué el mismo de quien habla Moisés, el legislador de los judíos. Temiendo Noé que Dios hubiera resuelto inundar la tierra todos los años..... le ofreció víctimas, rogándole que no cambiase nada del orden establecido desde el principio..... como Noé era varón justo, oyó Dios su oración y le concedió lo que pedía [2].„ Las mismas inexactitudes del historiador damasceno contribuyen al mayor crédito de su relato. Se ve que conocía los libros de los judíos, á los cuales sólo acude para corroborar la tradición, en favor de la cual depone en el libro ochenta y seis de su propia historia.

7. Pero volvamos al valle del Nilo, del cual momentáneamente nos hemos apartado.

Creían los egipcios, especialmente los sacerdotes y perso-

1 Platón afirma haber oído de boca de los sacerdotes egipcios que sus monumentos antiguos habían sido destruídos en una inundación general, con la cual el cielo había destruído á todos los hombres. En ese diluvio se había hundido la Atlántida.
2 Moigno, *Les Splendeurs de la foi,* III, pág. 1.106.

nas instruídas, en un Dios único, inmenso, que no tenía forma, que "no fué concebido de ninguna madre, ni engendrado de ningún padre, creado de sí mismo [1],„ y cuyos atributos divinizaban y veneraban como otros tantos dioses subalternos. De éstos, Phthah representaba el poder creador de Dios, y Ra el sol ó los beneficios que el Señor nos dispensa por medio del astro del día. Phthah había sido el primer rey de Egipto, y Ra el segundo, durante cuyo reinado fué destruído todo el género humano. He aquí cómo resume la leyenda el citado Rawlinson: "Ra, sucesor de Phthah en el trono de Egipto, había reinado en paz dilatado número de años, tan contento de sus súbditos como éstos lo estaban de su monarca. Pero vino un tiempo en que los súbditos se volvieron tercos é ingobernables; murmuraron contra Ra, tramaron perversas conspiraciones y le ofendieron gravemente. Llamó Ra á todos los dioses á consejo y les pidió que le trazaran su línea de conducta; contestáronle que la humanidad debía ser destruída, y encargaron de la obra á Athor y Sekhet, los cuales comenzaron á herir á los hombres en toda la superficie de la tierra. Dominados todos por el terror, los habitantes de Elephantina se apresuraron á extraer el jugo de sus mejores frutos, á mezclarlo con sangre humana y á llenar siete mil vasos, que presentaron como ofrenda al ofendido dios. Quedó Ra contento cuando bebió del licor, y ordenó que se arrojara el resto de los vasos; pero éste *inundó* toda la tierra egipcia, y cuando al día siguiente Athor fué á proseguir su obra de destrucción, no encontró hombres en los campos, sino agua que bebió, y le fué grata, quedándose satisfecho [2].„ Laméntase el erudito historiador citado de la falta de un Evhemero que descubra el fundamento histórico de esta narración antiquísima. No es del mismo parecer Edouard Naville, que tomó esta leyenda de

1 Rawlinson, *Historia del Antiguo Egipto*; Madrid, 1889, p. 47.
2 Rawlinson, *Historia del Antiguo Egipto*, ed. cit., p. 63.

una inscripción mitológica encontrada en Tebas sobre el sepulcro de Seti I [1], la cual pueden nuestros lectores ver en extracto en *La Biblia y los descubrimientos modernos*, de Vigouroux [2].

8. Difiere ciertamente el relato de la inscripción de la historia de Moisés, sin que por ello deba desconocerse semejanza general, que cautiva el ánimo y le inclina á indagar la causa de las variantes, debidas, sin duda, á circunstancias locales. Para los egipcios, como para los hebreos, los hombres aparecen castigados por Dios á consecuencia de su rebeldía contra la divinidad. Dios los extermina, sin perdonar más que á un reducido número; y á consecuencia de un sacrificio empeña su palabra de no renovar ese castigo afligiendo segunda vez al género humano. No es posible substraerse al pensamiento del diluvio bíblico, al ver relacionadas en la tumba de Seti la inundación y la destrucción de los hombres; y si algunos términos del relato se presentan invertidos, atribúyase al concepto que los habitantes del Nilo tienen de la inundación. Para ellos es un elemento de riqueza y de vida, circunstancia que explica por qué la posponen á la destrucción del género humano, como una señal de haberse aplacado la ira del dios Ra, en vez de hacer de ella el instrumento de sus venganzas.

Por otra parte, los egipcios, aunque compuestos de diferentes razas, son en general considerados como *Kushitas*, hijos de Chus, abuelo de Nemrod, el cazador, y consta de sus tradiciones—afirma Chabas [3]—que se creían procedentes del Asia y descendientes de los pocos hombres que, salvos de la matanza general, habían emigrado hacia el Mediodía.—Quien, por otra parte, esté convencido de las vicisitudes por que pasó la civilización de Misraim, no se extrañará

1 Naville, *Transaction of the Society of Biblical Archæology*, 1875.
2 Vigouroux, *La Bible*, tom. I, p. 277.
3 Chabas.—*Etude sur l'antiquité historique*.

de la desaparición de muchos de sus antiguos monumentos. Por lo demás, los aducidos dan á entender que la historia del diluvio era parte integrante y hasta esencial, como punto de partida, de las leyendas de sus tiempos heroicos.

§ III

Tradiciones de Caldea.

1. Los descubrimientos asirio-caldeos.—2. Escritos cuneiformes.—3. Su importancia: *Dupuis*.—4. Monumentos caldeos del diluvio: *Beroso é Izdubar*.—5. Testimonio de Beroso.—6. Crítica de su documento.—7. Biblioteca de *Assurbanipal*: poema de Izdubar: su comparación con el *Génesis*.—8. Resumen de ese paralelo.—9. Observaciones.—10. Seperioridad de Moisés.

1. Si las tradiciones egipcias sólo de una manera obscura y mediante analogías algún tanto vagas se aproximan al relato de Moisés referente al diluvio, en cambio las de Caldea se le parecen de una manera que causa asombro hasta en el ánimo más prevenido contra la divina revelación. Por eso creemos conveniente dar, á manera de preámbulo, algunas nociones sobre los maravillosos trabajos asiriológicos que por especial providencia acuden en nuestros días á deponer en favor del Pentateuco y de algunos otros libros sagrados.

En el momento mismo en que se comenzaba á penetrar el secreto de los extraños signos grabados en tres lenguas por orden de Darío, hijo de Histaspe, sobre las rocas de Behistún, la antigua civilización de Nínive y de Babilonia renacía como el fénix de sus cenizas, y no contenta con salir de las tumbas donde tantos años yaciera, nos ofrecía, para que entendiéramos su lenguaje y descifráramos sus enigmas, silabarios, gramáticas y diccionarios, sin cuyo auxilio jamás hubiéramos comprendido ni apenas leído esa escritura rara que parece haberse complacido en amontonar dificultades y

obscuridades: escritura que es á la vez silábica é ideográfica; que se vale de unos mismos signos para representar sonidos y palabras completamente diferentes, y que en sus diversas fases y evoluciones presenta ya un millar de caracteres descifrados y conocidos.

Esos preciosos silabarios, con otros documentos de valor inestimable, hallados fueron en las bibliotecas de Nínive. Tanto la Caldea como la Asiria poseían numerosas bibliotecas: habíalas en Senkerch, Babilonia, Accad, Ur, Erech, Larra, Nippur, Nimrud, y muy particularmente en la citada Nínive, ó sea Koyundjik, antigua ciudad real, donde estaban los palacios de Sennacherib y de Assurbanípal—el Sardanápalo de Beroso,—de quienes proceden la mayor parte de los libros cuneiformes que hoy conocen los asiriólogos. El primer hallazgo fué hecho en 1850 por el Sr. Layard, Embajador más tarde de S. M. Británica en Madrid [1]; siguióle Jorge Smith con igual éxito—1873-75,—enriqueciendo uno y otro el Museo Británico de Londres con monumentos importantísimos, que el cuerpo científico del mencionado establecimiento publica periódicamente, sin perdonar fatigas ni dinero.

2. Los libros cuneiformes se componen de unos ladrillejos cuadrados y cocidos, llamados por Plinio *coctiles laterculi*, que aparecen escritos por ambas caras con caracteres menudos grabados en la arcilla fresca antes de la cochura; porque los asirios, que no tenían papirus como los egipcios, ni pergaminos como los habitantes de Pérgamo, Roma y Grecia, hacían el *papel* de la arcilla, abundante en el subsuelo de sus planicies. Y preciso es reconocer que ese modo grosero de escribir ha resistido maravillosamente al agua y al fuego, para transmitirnos fielmente los pensamientos de la más remota antigüedad, indemnes de muchos, si no de todos los estragos del tiempo. Dios hace que *hablen las pie-*

1 Layard, *Discoveries in the ruins of Niniveh and Babylon*, 1853, é *Inscriptions in the cuneiform character from Assiriam monuments*, 1851.